

[Handwritten signature]

INFLACION Y VIDA CARA

Por encima de otras preocupaciones, con preferencia a temas que deberían gozar de primacía, es éste de la vida cara el que más apasiona a los españoles. La conversación ha quedado reducida, para muchos, a lo que antes eran clásicos comentarios de ama de casa. Y no es de extrañar este achatamiento de las preocupaciones nacionales, porque el problema económico, ocupación hasta ayer de estudiosos, ha llegado ya al puchero familiar. Nadie puede hoy desentenderse del problema del coste de la vida, porque a todos afecta hondamente.

Comprendiendo nuestros gobernantes que esta cuestión ha alcanzado, por su gravedad, categoría primordial entre los problemas de gobierno, no ha podido dejar de exponer las medidas que piensan tomar para resolverla. Así los discursos del Jefe del Estado, las declaraciones de los ministros, numerosas disposiciones del Boletín Oficial, tratan de dar al país la impresión de que el problema está en vías de arreglo.

Bien quisiéramos que así fuese, porque nos preocupa el bien común, tan afectado por esta grave situación económica. Pero si se estudia el caso a fondo, se echa pronto de ver que todo lo que se dice y todo lo que se legisla no ataca las verdaderas raíces del mal; y que por consiguiente éste no se remediará, sino que, por no atajarlo a tiempo, y operando más largamente las causas que lo producen, el daño se ha de ir extendiendo, con proporciones cada vez más alarmantes. Triste es decirlo, pero no cabe cerrar los ojos a la realidad de que estamos ante el hecho de una inflación acelerada, sin que se aprecie a simple vista, no ya un reflujó en el proceso inflacionista, sino ni siquiera una simple contención. La "batalla contra los precios" está perdida desde su comienzo porque está mal planteada. Nada vale que se persiga a un acaparador o un logrero aquí o allí. Con eso podrá castigarse en justicia a alguno que se beneficie del río revuelto. Pero río revuelto lo hay, y sus fuentes son distintas de las que se quieren aparentar. No vale engañarse ni simular un diagnóstico contrario al origen del mal. Se olvida que simultáneamente con el encarecimiento de los artículos hay una inflación económica, y no se reconoce que ésta es causa, no efecto, de aquella otra, aunque ambas se influyan mutuamente.

En la busca de disculpas para la actual situación se invocan motivos diversos: la guerra mundial, el atraso de medio siglo que se dice que lleve España, el espíritu de rapiña de los intermediarios, y la sequía del año último. Sin negar que esta última, principalmente, pueda tener su influencia en la carestía de vida, no deja de ser interesante el observar que la carestía máxima se ha alcanzado, no en el año pasado, el de la peor cosecha del siglo, sino en éste de 1946, el de la cosecha extraordinaria. Bien claro lo dicen las estadísticas que confirman lo que todos vemos en la práctica. Del Consejo Superior de Cámaras son las siguientes, referidas a los gastos de alimentación según el índice de Fischer:

Porcentaje con relación a 1.926 = 100. -

Agosto de 1.945	- 376	Enero de 1.946	- 453
Septiembre "	- 386	Febrero "	- 458
Octubre "	- 426	Marzo "	- 480
Noviembre "	- 428	Abril "	- 487
Diciembre "	- 444	Mayo "	- 499
		Junio "	- 518
		Julio "	- 551
		Agosto "	- 590

Como se ve, ni el anuncio de la buena cosecha, ni la promesa traducida en realidad, contienen la subida, que es precisamente más fuerte en los últimos meses.

Si se valoran en su justo alcance esas causas y se estudia serenamente el panorama nacional, debe llegarse a la conclusión de que el actual trastorno económico de inflación y encarecimiento de la vida, obedece a otros motivos mucho más profundos que esos de orden secundario en los que se para la mirada superficial de muchos. Aparece, en primer lugar, como causa fundamental de la inflación, la inestabilidad política. Podrá hablarse de la escasez como origen del encarecimiento de los artículos de consumo. Pero lo cierto es que todo sube rápidamente: las tierras, de las que hay las mismas que antes de la guerra; los valores mobiliarios y las fincas urbanas, de los que hay más que antes; los servicios públicos; las prestaciones profesionales; todo aumenta de precio de día en día con ritmo incontenible, fuera de toda relación de escasez o abundancia. No es que las cosas suban, sino que la peseta baja. Se ha perdido noción de lo que vale el metro con el que medimos el precio de las cosas. La causa es pues más honda que la escasez: la causa es la falta de confianza en la peseta. Y esa falta de confianza obedece principalmente a la inestabilidad política. Asusta a todos el término de esta situación transitoria. Este régimen ha rebasado ya su tiempo. Las dictaduras pueden tener un motivo de oportunidad y de necesidad. Pero en cuanto rebasan uno y otra son dañinas. Las naciones necesitan tener asegurada la continuidad política y esa continuidad no existe en las dictaduras; y menos todavía cuando el sistema previsto para la sustitución del Jefe del Estado es tan antinatural como el que oficialmente está dispuesto en España: que al faltar Franco nos encontraremos con un sobre metido en un cajón, en el que se nos dirá quien ha de ser el sucesor en el disfrute del poder omnímodo. Tal absurdo sería ridículo si no entrañase tan graves y funestas consecuencias para la Nación.

Aún sin pararse a considerar con detenimiento esta espantosa inconsistencia de todo lo actual, la Nación intuye: sabe que algo está mal, prevé peligros al término de esta situación política, y teme por su dinero. Nadie quiere tener pesetas, sino valores reales, y como éstos son limitados, van siendo objeto de puja. No se piensa en el rendimiento inmediato del capital invertido, sino en la seguridad de la inversión. Esta fiebre de asegurar el capital con detrimento de sus intereses, la acusó muy certadamente D. Víctor Artola en la reunión anual del Banco de Bilbao, al decir que hace dos años se cotizaban con estima los que se llamaban valores de paz; hoy ya nadie se acuerda de aquellos valores, sino que se busca el tener una parte alícuota de bienes reales, aunque por el coste de su adquisición no rindan intereses proporcionados.

Después de la inestabilidad política, influye principalmente en la actual inflación la incontenencia de gastos públicos y la imposibilidad en que se está de conocer la situación económica del Estado. No se han rendido cuentas de los presupuestos de los años 1.943, 1.944 y 1.945,

anormalidad que nunca se había dado en España. No funciona el Tribunal de Cuentas, garantía de una buena administración. Existen dos o tres docenas de Cajas especiales que tampoco explican sus inversiones ni dan cuenta del dinero que manejan; varias de ellas disponen de cientos de millones y alguna, como el Instituto Nacional de Previsión no ya de cientos, sino de miles de millones desde la Victoria. Ninguna se molesta en explicar a los contribuyentes el uso que hace del dinero confiado por éstos. Además de este inexplicable secreto que rodea toda la Administración pública, por lo que se trasluce al público se sabe que los gastos estatales aumentan alegremente de día en día. Hay una creciente danza de millones que luego se traduce en ampliación de la circulación fiduciaria, que, en lo que va de año, ha tenido ya dos empujones que totalizan cinco mil millones, tanto, sólo estos aumentos de 1.946, como era la total circulación de billetes en 1.936.

A la vista de estas causas graves de inflación y consecuente encarecimiento de la vida, sorprende que se dé tanta importancia por el Gobierno a las simples medidas de policía para corregir tal o cual abuso de los particulares. El daño tiene raíces profundas. Lo que está mal es la situación política y estas repercusiones en el terreno económico no son más que reflejos de peligrosísimas corrientes subterráneas, algo así como la calentura del enfermo, que no es la enfermedad en sí, sino su manifestación externa.

Este caso de España de inconsistencia política, no es único en Europa, aunque nosotros, gracias a los esfuerzos de la Cruzada, podríamos habernos librado de este mal si no se hubiese intentado el absurdo ensayo totalitario y no se siguiese persistiendo en el error dictatorial, después del anterior. En estos momentos se van dibujando panoramas muy distintos en los diversos países europeos. Los hay que, aún después de renunciar a la esencia de los únicos principios seguros de ordenación de los estados, han conservado ciertas formas políticas que les aseguran la continuidad de régimen. Todos los viajeros que llegan de Holanda o de Bélgica, por ejemplo, vienen admirados de lo rápidamente que estas naciones se están reconstruyendo. ¡Y no se dirá que no sufrieron con la guerra mundial! Pero han tenido la virtud de conservar su monarquía intacta (a pesar de las dificultades belgas) y no tienen problemas constitucionales; no pierden tiempo ni energías, ni se enfrentan unos ciudadanos con otros, tratando de inventar nuevas fórmulas, sino que pueden dedicarse por entero a la reconstrucción nacional. En cambio, otros países, como Francia o Italia -no hablemos de los que están bajo la influencia comunista-, no consiguen encontrar su asiento y todo lo que hacen y todo lo que intentan está debilitado por la incertidumbre política. Nada pueden construir con seguridad del mañana.

¿Por qué no habríamos de pertenecer nosotros al grupo de los que no tienen problema político y pueden destinar todas sus energías a reha-
cer su economía y mejorar la vida nacional? España lleva diez años en periodo constituyente y todo aconseja que salga cuanto antes de esta situación estéril. Pareció en Julio de 1.945 que al fin, después de perder tantos años en el ensayo totalitario, España iba a desembocar en la única consecuencia propia del esfuerzo de la Cruzada. Franco anunció en su discurso del Palacio del Senado que se iba a la Monarquía Tradicional. La Nación acogió con júbilo la noticia y se esperaba que una vez decidi-
do el camino avanzaríamos rápidamente por él. Pero ha pasado el tiempo y parece como si se hubiese olvidado aquellos buenos propósitos. La consecuencia no puede ser más desalentadora. Aquél fué el momento en que la gente pensó invertir su dinero en "valores de paz" como apunta el Sr. Artola. Todos los valores parecían igualmente seguros al anuncio del

término de la interinidad política, y se podían escoger aquellos de mayor rendimiento. El evidente parón que luego se ha dado, ha producido el desconcierto, la desconfianza y el miedo. Porque si España no va rápidamente a la Monarquía Tradicional, corre el peligro de caer de tumbo en tumbo en una situación semejante a la del primer semestre de 1936, de la que nos salvó el esfuerzo y la sangre de muchos de los nuestros.

Ya no era demasiado pronto, en Julio de 1945, para ir a la Monarquía Tradicional. El momento más oportuno, como ahora se puede apreciar, pudo haber sido cuando la Comunión Tradicionalista se dirigió en forma solemne al Generalísimo en petición del Poder para implantarla. Ahora se ve el acierto político de la Comunión al señalar aquel momento. Los aliados estaban preparando el desembarco en Normandía; Alemania veía con preocupación el giro desfavorable que para ella había tomado la guerra; Rusia tenía aún el enemigo muy dentro de su territorio. Todos los países, angustiados con sus problemas, hubiesen dejado a España el organizar tranquilamente su régimen propio. Entonces no se discutía en el Mundo el 18 de Julio ni el derecho de España a sacar las consecuencias naturales de la Victoria. Pero el Generalísimo dejó pasar aquel momento ciertamente oportuno. También ha dejado pasar hasta ahora el ambiente favorable que se produjo a raíz de su declaración del año pasado. Esta falta de decisión no ha producido más que daños, como los seguirá produciendo, acrecentados con el tiempo, el seguir manteniendo a nuestra Patria en perpetuo régimen provisional. ¿Cuál es la meta que ahora realmente se busca? España no sabe a donde se la quiere llevar. Vivimos en la más penosa de las incertidumbres. Y una nación como España, de recia historia, que ha gozado de las más sabias instituciones políticas, no puede vivir en situación semejante. Este régimen no suscita entusiasmos; no tiene más que apoyos. Apoyos que no se basan en el convencimiento sino en el miedo. Asusta a muchos lo que pueda ocurrir al terminar esta situación dictatorial y no desean más que retrasar su término sin comprender ¡incautos! que la prolongación indebida no facilita, sino que complica, la buena resolución del problema. Con calma podemos desembocar ahora en una Monarquía Tradicional que asegure un buen gobierno y la garantía de su continuidad. Si el término de esta dictadura, por excesivamente duradera, se vuelve azaroso, difícil será que en un momento febril se pueda acertadamente, crear las instituciones convenientes al bien de la Patria.